

FEMINIDAD Y MASCULINIDAD (*)

(1 = 2)

**Todo está en todo, dijo el filósofo.
Y recíprocamente, replicó el humorista.**

Deseo mostraros que mujeres y hombres son menos extraños entre sí de lo que creen. Veremos asimismo que la mayoría camina a la pata coja, utilizando una estrecha banda de tierra e ignorando sus amplios dominios.

¿Qué lugar ocupará aquí la mujer “tradicional”? Un lugar mínimo. ¿Y el hombre corriente? Parecido. ¿Para qué sirven estas líneas? Para nada, a aquellas y aquellos que sólo vean aquí una teoría más o menos seductora.

Se dice que nuestra civilización necesita una revisión urgente. Es cierto, pero ¿por dónde comenzar si no es por uno mismo? ¿Qué es lo que nos falta y que, sin embargo, se encuentra en nosotros pero con lo que hemos roto? Se discute fuertemente para saber quién “ha de comenzar”. Las mujeres miran de reojo a los hombres, y éstos a aquéllas.

Las mujeres quieren llegar a ser seres humanos completos, tal es su eslogan. Aparte de sus derechos exteriores, ¿qué significan estas palabras en su mente? ¿Quieren decir que los hombres lo han logrado... mientras que ellos, ocho de cada diez veces, viven como amputados psicológicos?

Las confusiones

Sin embargo, al principio todo parece de una simplicidad infantil:

- El muchacho ha de convertirse en un hombre
- La muchacha, en una mujer

La familia, conmovida, examina y calcula el futuro. El menor, niño o niña, será condicionado según las imágenes vagas, imprecisas, estereotipadas de la “mujer” y del “hombre”. Pero nadie es capaz de precisar lo que significa ser un hombre, ser una mujer. Observad los rostros. Ojead las revistas y, en las fotografías, suprimid las marcas exteriores de la mujer o del hombre (cabellera, maquillaje, etc.). ¿Cuántas veces se podría determinar con acierto que se trata de un rostro “femenino” o “masculino”?

A nuestro alrededor, en la vida cotidiana, pululan hombres “afeminados” y mujeres “varoniles”. En cualquier matrimonio, ¿quién desempeña el papel activo? ¿La mujer? ¿El hombre? ¿Quién se deja guiar? ¿Quién es “fuerte”? ¿Quién es “débil”? Si escucháramos las voces sin percibir los rostros, ¿cuántas veces diríamos Señor a una mujer, y Señora a un hombre?

EL PUNTO DE PARTIDA

La cuestión fundamental

Observemos esta potente mujer del pueblo, activa y enérgica, que ama y da, femenina y masculina a la vez, de formas armoniosas. Y notemos de paso que a medida que el nivel social “es más alto”, los encasillamientos entre mujeres y hombres se endurecen, a partir -sin duda- de una organización social estereotipada y de una psicología interior degradada.

En una circunstancia, tal mujer reacciona -digamos- de forma “masculina”. En otra, se comporta de forma “muy femenina”. ¿Qué podemos decir? ¿Es femenina, mientras que debería ser masculina, o viceversa? ¿Emplea su feminidad a propósito? ¿Es dueña de su feminidad o de su masculinidad? ¿Puede pasar de una a otra, sin dificultad y según lo que le piden los acontecimientos?

Veamos una mujer-niña, atrapada en una especie de inercia húmeda, coqueteando con sus largos cabellos y con sus cejas. Los hombres se extasían: “¡Qué femenina eres!” En cambio no es ni femenina ni masculina. ¿Y esta otra mujer, erizada en una agresividad que descarga con golpes discontinuos? Se dice que es “viril” o “masculina”. En realidad no es ni femenina ni masculina. ¿Entonces?

Se clasifica a los seres humanos lo mismo que, en contabilidad, se alinean las cifras: en dos columnas. Los hombres a un lado, y las mujeres al otro. Y las diferencias entre los dos sexos se acumulan.

Si estas diferencias estuvieran contrastadas, no habría nada que decir. Entonces la comunicación entre los sexos sería, sin duda, imposible. Pero al menos el blanco sería claro, y el negro, oscuro. Nos conformaríamos, y ya está. Todo se reduciría a que una mujer no comprendería nunca a un hombre, y viceversa. Lo que, por otra parte, es el caso nueve de cada diez veces, por las razones que veremos. Es verdad además que:

Las hormonas femeninas predisponen a:

la estabilidad
la pasividad (1)
la receptividad
el sedentarismo
la gestación
el ser

Las hormonas masculinas predisponen a:

la inestabilidad
la actividad
el razonamiento, la lógica
el nomadismo
la exteriorización
el parecer

(1) Pasividad: este término “peligroso” será explicado más adelante (pág. 6)

Si las mujeres no pudieran ocupar más que la columna de la izquierda, y los hombres la de la derecha, no iríamos muy lejos. Totalmente opuestos, mujeres y hombres se darían la espalda de una vez para siempre, fijados a la especie a la que pertenecen, y diciendo adiós definitivamente a toda comprensión mutua.

Pero la vida cotidiana nos muestra que las mujeres y los hombres tienen un pie en cada una de las dos columnas. Un hombre puro es tan inexistente como una mujer pura. **Un hombre puro** sería una especie de monstruo, que explota en continua agresividad, celos y cólera, un ser infinitamente estúpido que sólo reaccionaría con ataques y picotazos. **La mujer pura** sería una enorme larva indiferenciada, máquina de reproducir, como una reina de las hormigas.

Para que un hombre sea un hombre, y una mujer sea una mujer, es preciso, pues, que posean “alguna otra cosa”. Además se sabe desde hace mucho tiempo que cada uno lleva en sí características (y hormonas) del “otro sexo”. Y aquí comienzan las dificultades, ya que las definiciones chocan con esquemas concebidos.

- Veamos una mujer lánguida. Se dirá que es “muy femenina”. En absoluto, la femineidad es otra cosa.
- Veamos un hombre que se comporta como un “muchacho amable”, sumiso, encantador, con gestos ondulantes. Se dirá de él que está afeminado. En absoluto, la femineidad es otra cosa.
- Veamos una mujer, muy agresiva y competitiva. Se dirá que se comporta de forma viril. En absoluto, la masculinidad es otra cosa.
- Veamos una mujer, caprichosa y como una niña. Se dirá de ella que es maravillosamente femenina. En absoluto, la femineidad es otra cosa.

¿Qué se quiere decir cuando se afirma que tal mujer actúa de forma femenina o masculina? Para la mayoría de la gente, la femineidad es una especie de debilidad, de apagamiento, de sentimentalismo fofo, de docilidad dulzona; algo amable, pero que vale más no tener cerca so pena de anemia general de la personalidad. No es, pues, extraño que los hombres rechacen de lleno que haya en ellos una femineidad, y que las mujeres consideren que su femineidad las condena irremediabilmente a vivir a remolque.

Si se equivoca Femineidad y debilidad, es que la mayoría de la femineidad está terriblemente deteriorada y atrofiada. **Si se equivoca Masculinidad y agresividad**, es que la mayoría de la masculinidad está deformada. Por eso, es necesario optar por una nueva luz y abandonar ciertos conceptos estancados que sólo hacen que engrosar el muro que separa los hombres de las mujeres, y la mujer de ella misma.

La vida interior

Poca gente sabe que la vida interior (dicho de otro modo, la afectividad) representa un enorme poder. La mayoría la asimila a una “sensibilidad temblona” del poeta de buhardilla. Se concibe, pues, la vida interior como una flor leucémica que se deja para las muchachas, para los fracasados en la acción y para los artistas de domingo.

¿La vida interior? Se la ha buscado hasta en Oriente donde, según parece, hay mucha gente que sabe lo que significa. Pero entre los que vuelven de allí, muchos hablan de la vida interior con actitudes sospechosas de iniciados; dan la impresión de que la vida interior exige que uno se quede inmóvil, con una barra de incienso ahumeando bajo la nariz.

En realidad, una vida interior en buen estado constituye la reserva de energía sin la cual no es posible ninguna realización de uno mismo...

Pues bien, la mujer está verdaderamente dotada en potencia para esta fuerza que representa la vida interior. Y quien dice fuerza interior, habla de la posibilidad de exteriorizarla en sus actividades creativas.

La bi-sexualidad

La igualdad 1=2, que figura en el título de este capítulo, encubre la realidad más esencial del ser humano. De ella depende la comprensión (o la fraternidad) entre los dos sexos. Como todas las verdades elementales, ésta se ha hundido, ha salido a la superficie, ha desaparecido, y después ha vuelto a aparecer a lo largo de los siglos. Algunas civilizaciones la viven como una evidencia, como lo que es. Pero lo más curioso es que cada uno la aplica, más o menos, sin saberlo y con frecuencia muy mal.

En nuestra cultura, esta verdad ha emergido de la sombra, desde hace poco y en forma científica esta vez. Freud y Jung la han traído a la luz. El primero afirma que el ser humano es bisexual. El segundo dice que el hombre posee una parte femenina, y la mujer, una parte masculina. La medicina habla también de esa verdad por doquier. Es un tema esencial del psicoanálisis. En resumen, es una verdad tan indispensable como el pan de cada día: todo hombre es masculino y femenino a la vez, toda mujer es femenina y masculina a la vez.

UNA NUEVA OPCIÓN

Pensemos en términos de energía

Para acercarnos a la dificultad, digamos primero que Femenidad y Masculinidad son comportamientos, actitudes, formas de reaccionar ante las circunstancias. Hablamos con frecuencia de una actitud masculina, un comportamiento masculino; de una actitud femenina, un comportamiento femenino.

Para comprender (y aplicar) lo que significan estas expresiones, **tenemos que pensar absolutamente en términos de energía**. Cada ser humano posee, en todo momento, una cierta cantidad de energía. Tendrá que gestionarla y utilizarla como haría con un capital de dinero. Bien o mal utilizado, bien o mal administrado, amontonado o disperso, este capital producirá el equilibrio o el desequilibrio, la actividad o la inercia, la salud o la enfermedad, la realización o la degradación de la personalidad.

Un ser humano no puede gastar, a cada momento, más energía de la que posee. Nadie puede gastar 101 euros si sólo tiene 100. Cuando un ser llega a “sobrepasarse” (como se dice), no hace más que amontonar energías, dispersas en él y con frecuencia insospechadas. **Una fuerte motivación le sirve, entonces, de detonador**. Actúa como un financiero que reúne sus capitales dispersos para hacer frente a una situación imprevista.

Conocemos las expresiones: “la energía de la desesperanza”, “el miedo le insufló una enorme energía”, “tendió todas sus energías hacia el objetivo”, etc.

Tengamos en cuenta, no obstante, que ese famoso “exceso de sí” se le atribuye al hombre; rara vez a la mujer. En cambio, debido a las barreras erigidas ante ella, que aumentan sus tareas habituales, una mujer –con mucha más frecuencia que el hombre– tiene que decretar la movilización general de todas sus energías. El hecho de que la medalla le sea atribuida sólo al hombre, se comprende si se considera el “culto del Falo”, que continúa reinando (con la complicidad de muchas mujeres).

En otro orden de ideas, es tan absurdo poseer energía y no emplearla, como abandonar un capital por improductivo. Y, sin embargo, es lo que hacen la mayoría de las mujeres, porque su creatividad está bloqueada.

Desgraciadamente **la educación no está nunca fundada, por así decir, sobre la manera de utilizar la energía, sino sobre una moral hecha deprisa y a priori**. En lugar de considerar la “máquina humana” primero, y su moral, después, se hace al revés. Se

exige que la máquina funcione de tal o cual forma antes incluso de saber si puede o si no está hecha para otra forma de utilización de la energía. Más tarde, cuando las energías están bloqueadas en la personalidad, se sanciona moralmente la deficiencia. Nuestra educación reposa sobre imperativos que pueden reducirse a “Tú debes...”, pero la energía responde: “Si puedo”.

Se moraliza, se admira o se desprecia la energía humana, lo cual es tan absurdo como admirar o despreciar el uranio o el carbón. Si la energía tiene “fallos”, se supone que el ser humano no está a la altura. Y si se pregunta en qué no está a la altura, nunca se le responde que ha gestionado mal su energía; no se investiga el porqué de esta insuficiencia de energía más que después de haber moralizado a partir de los códigos estereotipados y de abstracciones sonoras.

La energía no tiene sexo

Tradicionalmente la energía era de esencia masculina. Pero es absolutamente falso. Eso no impide que todo siga manteniéndonos en esta creencia. El cine ha tomado la iniciativa con sus héroes invencibles. El deporte ha ido justamente detrás. Y cuando se esculpen estatuas de mujeres (ved los monumentos a los muertos, las Marsellesas de toda índole que arrastran a los hombres a la victoria, las mujeres que representan el trabajo, la cosecha, los planes quinquenales o los decenios, etc.), los artistas se creen obligados a que se les den estatuas colosales de exploradores.

Por eso se confunde el continente y el contenido, la musculatura y la vida interior. Como si consideráramos que un vaso de agua, por el hecho de que es grande, pesa más que un cubilete de mercurio.

Por otra parte, si creemos que la energía es masculina, tenemos que deducir más o menos que la feminidad no tiene fuerza. Y eso es absurdo; la energía es lo que es, no tiene sexo. Un simple ejemplo: Es evidente que una madre de familia, activa, posee más energía (interior y exterior) que un empleado incapaz de hacer otra cosa que no sea un trabajo burocrático. La única forma –utópica- de obtener una comparación sería evaluar las cantidades de energía que contienen las mujeres y los hombres en su mundo interior.

Y aún así, el resultado no tendría importancia alguna, pues **si la energía de que disponemos es una cosa, nuestra forma de utilizarla es otra.** Y esta utilización, buena o mala, depende no sólo de nuestra educación, sino de la forma en que hemos reaccionado ante esa educación.

Se puede decir, grosso modo, que existen dos actitudes frente a la energía:

1. Retener esta energía en nosotros
2. Liberarla fuera de nosotros

¿Cómo emplea una mujer su energía en cada circunstancia de la vida? ¿De manera adecuada? ¿En sentido contrario? ¿Gasta demasiado, dado el capital de energía de que dispone? ¿Utiliza demasiado poco, mientras que sus reservas son excelentes?

¿Por qué millones de mujeres que poseen una energía que les permitiría una gran creatividad intelectual, la bloquean en su interior sin pasar nunca a la realización de esas ideas? ¿Cuál es el obstáculo entre la energía interior y su exteriorización? ¿Y de dónde viene esa dificultad?

En primer lugar, es esencial comprender bien que **Feminidad y Masculinidad son dos términos que no tienen absolutamente nada que ver con el hecho de ser mujer u hombre.** Como voy a demostrar, se trata de dos actitudes ante nuestra energía. Pero se ha dado un carácter sexual a la energía, y se dice: la mujer actúa así, y el hombre actúa de esta otra forma, la mujer piensa así, y el hombre de otra manera.

¿Por qué una mujer y un hombre, que poseen una misma cantidad de energía, actúan y piensan diferentemente? 1/46ª de diferencia, en el plan de los cromosomas, no podría explicarlo. Para resolver esta dificultad, hay que intentar definir lo que son la Feminidad y la Masculinidad, sea cual sea el sexo. Se trate de la naturaleza, de una máquina, de un animal o de un ser humano, tenemos que vérnoslas siempre con un vals a tres tiempos:

Cantidad de energía -- consumo de energía -- recarga de energía.

La desgracia es que se ha dado un carácter sexual a la energía. Y de esta forma vamos a dar a un concepto de la mujer muy erróneo, y que ha provocado muchos “fracasos” de personalidad.

La “pasividad” y la actividad

Se dice que **Feminidad = Pasividad** **Masculinidad = Actividad**

Pero, en la mente, se confunde pasividad e inercia. Es el error fundamental que se comete desde hace mucho tiempo. Y cuando se dice que la mujer está predispuesta a la pasividad por sus hormonas femeninas, instantáneamente se hace una traducción en el cerebro humano: la mujer está predispuesta a la inercia. Lo cual es totalmente falso.

La mayoría de la gente se extrañaría si afirmáramos que esa leona que está ahí, inmóvil, con los músculos en tensión, recogida sobre ella misma a la espera de su presa, es pasiva. Y sin embargo, en ese preciso momento, es pasiva. **La verdadera pasividad es un estado de reposo, de espera, de tensión progresiva y armoniosa, en que se acumulan energías para un movimiento, una activación de esta energía.**

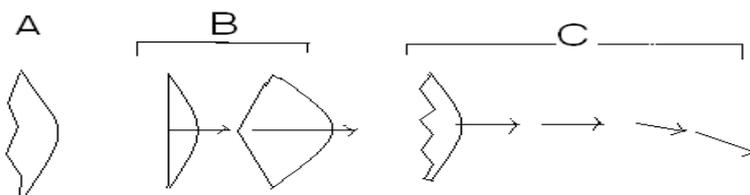
Una pasividad potente exige un estado interior de armonía. La verdadera pasividad permite estar “a la escucha”, captar y almacenar sensaciones e informaciones. Toda acumulación de energía tiene como fuente principal la pasividad. Por tanto, se puede deducir que si la mujer (así como la feminidad) está predispuesta a la pasividad, está predispuesta a una gran fuerza interior. Pero la manera en que se utiliza esta fuerza interior es otra historia, como veremos más lejos.

Así pues: **Pasividad** = carga de energía o energía en potencia

Actividad = descarga de energía o energía cinética.

Es evidente que todo ser humano posee en él mismo este ritmo. ¿Por qué demonios iba a escaparse a las leyes que rigen el universo, la naturaleza y las estaciones? Que este ritmo pueda ser alterado con motivo de enfermedades o de trastornos de la personalidad, no cambia nada.

Un excelente ejemplo sería el del arco y la flecha.



a) El arco está totalmente distendido, a la espera de la meta (que es tensarse a fin de poder lanzar la flecha).

b) El arco se tensa sin dificultad, de forma progresiva, y acumula energía.

c) La energía almacenada se libera y se exterioriza. La flecha es catapultada para perder después, progresivamente, la energía acumulada.

De la misma forma, todo lo que es femenino en la naturaleza, está en estado de espera, de gestación, de inmovilidad, de acumulación.

Las dos polaridades

Se puede esquematizar así lo que precede:

La polaridad femenina (la Femenidad) -- La polaridad masculina (la Masculinidad)
comprende todo lo que en nosotros: comprende todo lo que en nosotros:

| | |
|---|---|
| -- está sosegado, en reposo | -- está en movimiento |
| -- es inmóvil, está en espera | -- es activo, o mejor, está en activación |
| -- es pasivo | -- está “en acto” |
| -- está “en potencia” | -- descarga energía acumulada |
| -- acumula energía potencial | -- actúa exteriormente de cualquier forma |
| -- prepara una acción exterior cualquiera | |

Es el predominio de una u otra actitud lo que hará que seamos **Femeninos o Masculinos** ante las circunstancias. Imaginemos una hora de nuestra vida. Puede dividirse en infinidad de circunstancias a las que reaccionamos (consciente o inconscientemente). A cada fracción de segundo corresponde en nosotros una reacción –corporal o mental- de espera o de movimiento, por tanto femenina o masculina.

Es imposible provocar estas dos actitudes a la vez. No se puede ser al mismo tiempo pasivo y activo, acumular y descargar energía, estar en reposo y en movimiento. Durante esta hora de vida, habremos sido, pues, más **Femeninos** que **Masculinos**, o más **Masculinos** que **Femeninos**, según que hayamos estado conectados con una u otra polaridad.

Entiéndase bien, todo esto es invisible “a simple vista”. Sólo percibimos la actitud preponderante, nada más. Podríamos decir que una película de cine tiene polaridad masculina porque parece estar en un movimiento permanente; pero el ojo no percibe las 24 obturaciones por segundo que tienen lugar (por tanto, 24 paradas de la película, 24 esperas... y 24 polaridades femeninas).

Todo ser humano puede tomar, pues, en relación a su energía, dos actitudes, exactamente lo mismo que ante un capital de dinero:

Actitud nº 1

Consiste (como en el arco) en acumular energía, conservarla dentro de uno, almacenarla, lo cual implica:

a) Estar en estado de espera, de reposo, de inmovilidad.

b) Tomarse su tiempo, observar, reflexionar, estar a la escucha de sus sensaciones, de sus sentimientos, de sus intuiciones.

c) Acumular estas sensaciones, estos sentimientos, estas intuiciones e informaciones que penetran gracias a esta receptividad.

Esta actitud es de polaridad Femenina. Dicho de otro modo, se trata de una actitud de Femenidad, pero que no tiene estrictamente nada que ver con el concepto habitual de la “feminidad”.

Actitud nº 2

Consiste (como en la flecha) en liberar y gastar la energía acumulada. Lo que implica:

- a) Estar en estado de movimiento del cuerpo o de la mente.
- b) Razonar y actuar exteriormente, ejecutar una decisión que ha tomado cuerpo durante la primera actitud; poner en práctica un trabajo cuya inspiración se ha acumulado durante la primera actitud.

Esta actitud es de polaridad Masculina. Dicho de otro modo, se trata de una actitud de Masculinidad, pero que no tiene estrictamente nada que ver con el concepto habitual de la “masculinidad”.

Algunos ejemplos:

Estas dos actitudes, estas dos polaridades, estas dos maneras de utilizar la energía se encuentran en toda la naturaleza.

Veamos una **bestia salvaje**:

1) Está en reposo. Todos sus músculos se tensan progresivamente. Prepara su acción. Acumula no sólo energía muscular sino también miles de informaciones (velocidad y dirección del viento, aproximación a la presa, cálculo del salto a realizar, apreciación de la distancia, etc.). El animal, en este instante, está conectado con su polaridad Femenina. Su actitud es femenina (es igualmente pasiva, en el sentido dado más arriba).

2) El animal salta, la energía acumulada se transforma en movimiento. En este instante, está conectado con su polaridad Masculina. Su actitud es masculina.

Veamos un **volcán**:

1) Ruge en secreto. Acumula un volumen de gas que representa una enorme energía potencial. En este instante, el volcán “vive” en su polaridad femenina, y su actitud es, si se puede decir, femenina.

2) El volcán estalla, surge la lava. La energía potencial se convierte en cinética. Es la polaridad Masculina, o la “Masculinidad” del volcán.

Las actitudes femeninas y masculinas

Como todo ser vivo, la mujer puede adoptar, pues, dos actitudes ante las circunstancias:

- 1.- Retener (acumular) su energía. Será su actitud de Femenidad
- 2.- Soltar (descargar) su energía. Será su actitud de Masculinidad.

Con demasiada frecuencia, estas dos actitudes están distorsionadas en la mujer. La Femenidad se confunde con la debilidad, la dependencia, la sumisión, etc. En cuanto a su Masculinidad, la mujer no sabe qué hacer con ella, salvo emplearla bastante mal.

Cuando observamos el arco y la flecha, es evidente que el proyectil es infinitamente más vulnerable que el arco. Su movimiento le hace correr el riesgo de encontrar obstáculos que pueden estropearlo, destruirlo o desviar su trayectoria. Además,

esta trayectoria –tensa y horadante- sólo subsiste durante unos instantes, hasta el agotamiento de la energía cinética. El arco, en cambio, es prácticamente invulnerable, debido a la inmovilidad de su energía. De ahí este esquema aplicable a todo ser humano:

La polaridad Femenina = estabilidad, invulnerabilidad, duración.

La polaridad Masculina = inestabilidad, vulnerabilidad, instante.

Al trasponer el ejemplo del arco, observaremos en la vida cotidiana:

- Mujeres en las que la energía interior (la polaridad Femenina) está debilitada o bloqueada. No pueden tensar el arco, incluso si disponen de una buena flecha.

- Mujeres en las que la energía interior es buena, pero tienen miedo de exteriorizarse, de actuar, de decidir, de imponerse. El arco está en buen estado, pero la flecha permanece encerrada en su carcaj.

- Mujeres que poseen una excelente capacidad de acción, pero cuya energía afectiva está “cerrada”. Poseen una buena flecha, pero un arco de niño.

Una mujer normal mostrará evidentemente un predominio de actitudes de Feminidad, “retiene” más su energía. Está predispuesta a la receptividad, la interioridad, que son más frecuentes que la exteriorización.

Un hombre normal exterioriza más su energía; el número de sus actitudes masculinas sobrepasa al de sus actitudes femeninas.

MUJER NORMAL (durante un periodo dado)

| | |
|---------------------------------------|------------------------------------|
| Número de reacciones de tipo femenino | Nº de reacciones de tipo masculino |
|---------------------------------------|------------------------------------|

La polaridad femenina es más utilizada que la masculina

HOMBRE NORMAL (durante un periodo dado)

| | |
|-----------------------------------|--|
| Nº de reacciones de tipo femenino | Número de reacciones de tipo masculino |
|-----------------------------------|--|

La polaridad masculina es más utilizada que la femenina

FUNCIÓN DE LA FEMINIDAD Y DE LA MASCULINIDAD

LA FEMINIDAD

Las características de la feminidad se desprenden de lo que precede. Además podríamos definirla por lo que no es. La Feminidad real no es debilidad, no es impotencia, no es... todo lo que dijimos a este respecto.

No hay que buscar la utopía. 9'9 de cada 10 feminidades están tan alejadas de la Feminidad como una pila eléctrica puede estarlo de una central nuclear. Eso no impide que, en sí, la **Feminidad sea una fuerza**, pues representa el **acumulador** de la personalidad. Si esta fuerza se convierte con frecuencia en torpeza inerte o vapor sin consistencia, es debido a muchas causas que tendremos que intentar detallar.

La Feminidad, al ser poderosamente pasiva, es automáticamente tranquila. Está directamente conectada con lo real. Está a la escucha de las cosas y de los seres. Está ligada al Tiempo.

Y esto es capital: una mujer no podría poseer una masculinidad de buena calidad si su Feminidad está deteriorada, lo mismo que sería imposible a un artista exteriorizar una obra importante, si su inspiración es pobre. Podríamos incluso decir que la Masculinidad no es nunca creativa, pues toda creatividad tiene lugar en el interior de la personalidad, y por tanto en la esfera de polaridad femenina. No nos imaginamos a una Marie Curie o a un Beethoven exteriorizando su trabajo sin antes haber permitido que la inspiración se acumule. O también ¿podríamos colocar el tejado de una casa sobre el vacío?

La actividad creadora que se exterioriza depende de la receptividad que la prepara. La calidad de la actividad que se exterioriza depende de la fuerza de la receptividad. Esa es la ley fundamental. Y cuando una mujer o un hombre crean exteriormente, no hacen más que “poner en práctica” su creatividad interior.

Es esencial añadir que **la Feminidad es una fuerza indiferenciada**. La (estatua de la) Palice diría que antes de tomar forma, es preciso haber estado sin forma, y que es imposible ser estatua antes de haber sido materia informal: arcilla o mármol. Esto significa que una mujer no puede ser realmente masculina (forma) si no es antes realmente femenina (sin forma).

La vida interior es indiferenciada. Capta y es semejante a un radar que acumula la información y devuelve todos los ecos, bien se trate de copos de nieve o de aviones en vuelo. Es el operador que debe hacer la selección y diferenciar los ecos.

La Feminidad es tan indiferenciada y tan informal como la vida interior, porque se confunde con ella. ¿Pero qué forma saldrá de la materia informal? De esta tierra arcillosa, materia informal, saldrá una estatua, una vasija, un plato, una pila, una casa con flores.

De esta materia informal que yace en el vientre de una mujer, ¿qué forma surgirá?
¿Un niño? ¿Una niña? ¿De forma normal, anormal?

El silencio también es informal. ¿Qué forma saldrá de él? ¿Un razonamiento?
¿Gritos? ¿La cólera?

De esta pasividad que acumula las sensaciones, ¿qué forma estallará? ¿Una obra de arte? ¿Una música? ¿Una idea? ¿Una acción constructiva, destructiva?

Por eso, **una mujer que sólo fuera femenina es imposible**. Permanecería informal como el agua. Nunca cambiaría el conmutador de la exteriorización. Pasaría la vida “acumulando” las señales del mundo, sin que nunca tuviera lugar una puesta en práctica. Sería semejante a un pintor sentado para siempre y meditando sobre un cuadro que no vería nunca la luz.

Veremos que, sin embargo, esta clase de mujer, desposeída de masculinidad, existe.

En fin, **la Femenidad es una fuerza estable**. El ejemplo del arco y de la flecha muestra bien que

si la Femenidad = fuerza potencial = inmovilidad,
entonces la Femenidad = estabilidad.

Por eso la verdadera Femenidad permanece igual a ella misma adaptándose a las fluctuaciones de la existencia; posee un buen sentido inatacable, una gran resistencia al sufrimiento. Por eso igualmente una “verdadera” mujer es una especie de “testimonio” de las agitaciones masculinas.

LA MASCULINIDAD

Es poca cosa en sí misma. La Masculinidad no hace más que utilizar una energía previamente acumulada. Toda exteriorización –del cuerpo o de la mente- es sólo una resultante. En sí, una bala de plomo no es nada, su eficacia dependerá de la carga y de la calidad de la pólvora, de la perfección del arma y de la puntería.

La Masculinidad no hace más que “fabricar”, bien se trate de una obra genial o mediocre. La Masculinidad nunca es genial. Es el simple obrero ejecutante de la Femenidad (o de la vida interior).

Son muchas las mujeres que, incapaces de actuar y de crear exteriormente, creen que su Masculinidad está en mal estado. A veces es verdad, pero lo más frecuente es que su Femenidad está degradada o “acomplejada”, y por eso no suministra ya la energía necesaria para una actividad creativa constante.

Muchas mujeres, al principio de un psicoanálisis, me han dicho más o menos esto:

- No consigo exteriorizarme ni hacer nada
- Me gustaría ser más masculina

Con mucha frecuencia se engañan y deberían decir:

- Me gustaría que mi Femenidad, bloqueada en alguna parte, llegara a ser lo que es realmente. De esta forma, mi Masculinidad, normalmente alimentada, podría expandirse.

Y a través del psicoanálisis se dan cuenta poco a poco que ahí estaba su verdadera dificultad.

La Masculinidad representa el último estadio, la forma final. Es la estatua que surge de la arcilla. Por eso es también la seguridad a la que aspiran las mujeres y los hombres.

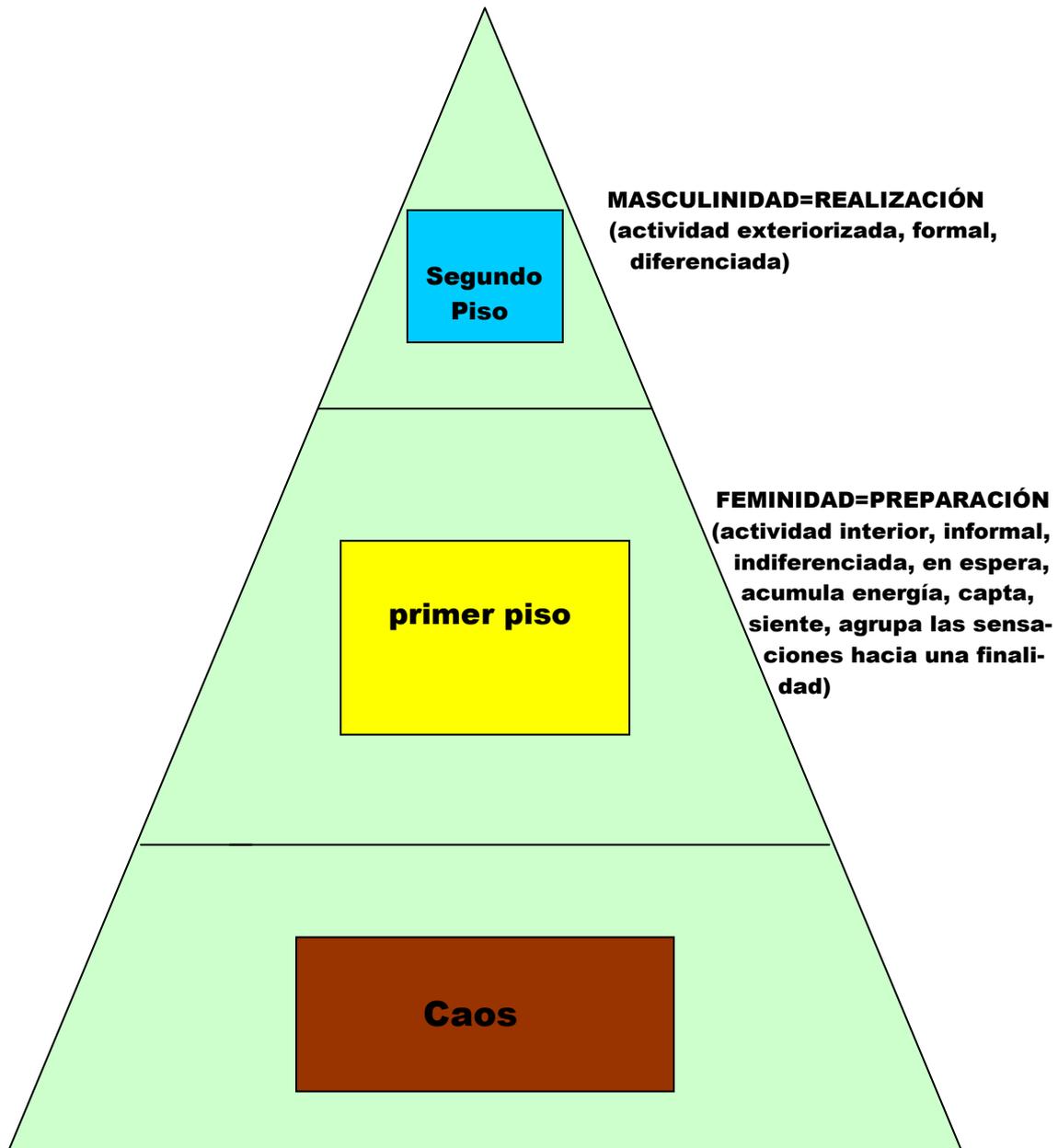
Si decís a una mujer o a un hombre: “Tú posees un talento muy masculino”, se sentirán halagados. Pero si les decís: “Tus ideas y tu talento son muy femeninos”, esconderán la cabeza como los erizos.

Suele decirse que es una reacción “**cultural**”, porque **la feminidad fue y sigue siendo incomprendida y desconsiderada**. Pero, en el fondo, ¿no es otra cosa?

Los dos pisos del edificio humano

Observemos el dibujo presentado más adelante. Estúdiadle, creo que tiene un significado muy importante. Cuando un ser humano exterioriza algo (una idea que toma forma sobre el papel, un mueble al que le da su forma final, una frase que pronuncia dándole forma, etc.), podemos distinguir, en este fenómeno, tres fases:

EN TODO SER HUMANO



1.- La fase del **caos**, durante el cual las ideas flotan vagamente, sin consistencia ni dirección.

2.- La fase de la **preparación**: la idea permanece en el interior, pero se destaca del contexto. Comienza a dibujarse una finalidad a partir de esta idea. Alrededor de la idea y de la finalidad se aglomeran sensaciones, proyectos, cálculos, observaciones. Esto es tan cierto para la persona que “prepara interiormente” su estantería, como para el matemático que reúne todos los datos posibles antes de la ecuación final. Esta fase corresponde a la planta nº 1 del dibujo. Es **el piso de la Feminidad**.

3.- La fase final, de **la realización** exteriorizada, en la que el ser humano pasa a la práctica. Es la planta nº 2, **la de la Masculinidad**. Ahora bien, lo que es verdad para una idea, lo es también para todas las circunstancias de la vida. El cuadro muestra que, simbólicamente se sube del caos hacia la Masculinidad, igual que se sube del inconsciente al consciente, de la materia a la forma, del bloque de mármol a la estatua, de lo que es indiferenciado a la existencia individual.

La planta de la Feminidad se encuentra a medio camino entre el caos y la Masculinidad. La planta de la Masculinidad constituye la cima. Esto es igualmente cierto cuando se trata de una mujer. La planta de la Masculinidad representa la última fase, la cima de su propia jerarquía. No se trata aquí de valores, sino de “capas geológicas” de la personalidad humana. Y si la planta de la Masculinidad aporta la seguridad, es porque un ser humano se siente en ella diferenciado, personal, eficaz.

Todo reposa, pues, en la Feminidad

Es evidente que todo edificio de la personalidad depende de la solidez y de la fuerza de la planta 1. Sin embargo, en la mayoría de las personas, esta planta ofrece poca consistencia. Su vida interior es fofa. ¿Qué significa, en este caso, el cumplido “tiene usted un talento muy masculino”? Observemos el dibujo. La persona no es adulada, como se podría pensar; sin embargo, se siente segura. Su feminidad (planta 1), al ser poco sólida, no ofrece ningún punto de apoyo. Debajo se encuentra el caos, el vacío; y se comprende que desee escapar de esta planta 1 para acceder rápidamente a la cima (la masculinidad) donde desaparecerá la sensación de peligro. Pero si se puede pasar de la Feminidad a la Masculinidad, se corre el riesgo –en el caso de una Feminidad poco sólida- de volver a bajar al caos, a la nada.

Por eso los seres humanos se agarran a la idea de la Masculinidad como a una tabla de salvación.

Acabamos de dar con un conocimiento antiguo: el miedo que el ser humano (y sobre todo el hombre) tiene a la nada. Desde la infancia el niño, angustiado por lo que tiene debajo de él (la nada), se apresura a dejar la planta de la Feminidad para acceder a la de la Masculinidad. Y aquí es donde comete, con frecuencia, graves errores. Es semejante a un alpinista que no tiene tiempo de comprobar sus ataderos, de hundir sus grapas, de tascar la pared, de observar el tiempo. **Olvida consolidar su Feminidad**, y se pone a trepar sin el apoyo suficiente.

De ahí surge el tipo de persona del que he hablado con frecuencia: el hombre moderno, privado de un sólida Feminidad y que sólo posee unas penosas energías interiores. A pesar de las apariencias muy varoniles, su edad afectiva es de unos ocho años. La planta 1 está llena de complejos y de miedos, es tan inconsistente como la niebla. ¿Cómo no va, este hombre, a llegar a ser impulsivo, rígido, agitado, caprichoso, colérico, liso, dominador? Se agarra a cualquier cosa para demostrar su masculinidad, que es tan falsa como toda su personalidad. Avanza en un equilibrio inestable sobre la arista deslizante de una masculinidad fracasada, y está tanto más angustiado cuanto que le es

imposible dejarse llevar. La planta de abajo es un magma vaporoso que, en realidad, no lo detendría en su caída.

Por otra parte, si se suprime la planta 1 veremos lo que queda: un vacío vertiginoso entre la cima y el caos.

Rectificaciones

Es necesario volver a discutir y rectificar ciertas ideas heredadas (y totalmente erróneas) que separan a los hombres y las mujeres en dos campos muy distintos.

Se dice que la mujer es intuitiva y el hombre, lógico. **Se debería decir:** Cualquiera que sea el sexo, la Feminidad es intuitiva, porque percibe las cosas de forma indiferenciada. La Feminidad capta en bloque a través de las sensaciones. La Masculinidad es lógica, porque selecciona las sensaciones recibidas, y razona después pasando conscientemente de un punto a otro.

Se dice que la mujer siente y el hombre razona. **Se debería decir:** La Feminidad siente y la Masculinidad razona (lo cual es cierto respecto a todo ser humano de cualquier sexo).

Se dice que la mujer percibe la vida de forma diferente al hombre. **Se debería decir:** La Feminidad es estable e inmóvil, semejante al agua profunda. Constituye toda nuestra vida interior. La Feminidad percibe la vida tal cual es, de forma concreta, inmediata, práctica, sin rodeos. La Masculinidad -que está en movimiento inestable como la flecha- experimenta la necesidad de poner las bases de la teoría y la moral que le sirven de referencia para jalonar la ruta y de seguridad para no volver a caer en el caos. Con una Feminidad más amplia, la mujer percibe, evidentemente, la vida, de otra forma que el hombre.

Se dice que las mujeres hacen mejor la comedia (o son más comediantes) que los hombres. **Se debería decir:** Cualquiera que sea el sexo, la Feminidad es indiferenciada, como su símbolo -el agua que puede tomar la forma de cualquier recipiente sin dejar de ser ella misma-. Al ser flexible y fluida, la Feminidad puede adaptarse a cualquier circunstancia; puede identificarse también con cualquier personaje, con cualquier papel, incluso con cualquier mentira.

La Masculinidad, por el contrario, es exterior, está en movimiento. Mientras más representa una “forma” acabada, menos adaptable es y más endurecida e inflexible. Se comprenderá mejor si se piensa en tantos hombres y mujeres modernos que viven en una Masculinidad muy atrofiada y son incapaces de adaptarse a las circunstancias. No siguen un camino, sino que permanecen fijos en un rail. Sin saberlo, también ellos hacen la comedia, una comedia única y estereotipada. Por supuesto, la palabra “comedia” debe ser entendida aquí en un sentido muy amplio, con una serie de graduaciones que van del normal (la Feminidad es adaptable) a cualquier anormalidad, pues una Feminidad enferma o infantil es capaz de todas las “comedias”, de todas las picardías, de todas las mentiras, sin olvidar -nueva prueba de flexibilidad- la capacidad de salir siempre infaliblemente con la suya

Se dice que los hombres no comprenderán nunca a las mujeres (¿no es extraño que rara vez se afirme lo contrario?). **Se debería decir:** No se puede comprender racionalmente la Feminidad, puesto que es indiferenciada y, por tanto, irracional. Sólo podemos sentirla a través de la sensación y la intuición, pero jamás a través de la razón y la lógica. **Un hombre no comprenderá nunca a una mujer mientras no haya realizado su propia Feminidad. De la misma forma una mujer no podrá comprender la Masculinidad de un hombre mientras no haya realizado la suya.** Y esto conlleva una dificultad. Las mujeres normales (cuya Feminidad y Masculinidad son normales)

comprenderán difícilmente a la mayoría de los hombres modernos, que se ensañan peleándose por ideas abstractas más que por hechos humanos y concretos.

Se dice que la mujer es caprichosa e impulsiva. **Se debería decir:** Todo ser humano cuya vida interior está degradada y es infantil se convierte en caprichoso e impulsivo, se trate de una mujer o de un hombre.

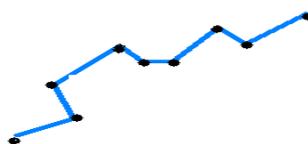
Es absurdo pretender que “la mujer” reaccione de una forma, y “el hombre” de otra. Eso significaría que cada sexo reacciona siempre en bloque y de una manera que sólo le correspondería a él. En realidad, una mujer o un hombre reaccionan según la “polaridad” sobre la cual viven en un momento dado. Pero, dado que, en la mujer, los comportamientos de Feminidad son más numerosos que los de Masculinidad, la mujer está predispuesta a ciertas actitudes ante la vida, a ciertas maneras de sentir y de concebir la existencia, a ciertos modos de pensar, de razonar, de actuar. En una palabra, está predispuesta a las características de la Feminidad, tal como la he definido.

EN TODO SER HUMANO...

La Feminidad (es curva)

y

la Masculinidad (es lineal)



Los puntos representan las circunstancias de la vida. Pueden ser acontecimientos, sensaciones dispersas, observaciones, etc.

La actitud de **Feminidad** consiste en impregnarse de manera global, informal, indiferenciada. La Feminidad no realiza ninguna selección. Acumula las impresiones antes de exteriorizarlas en palabras o acciones precisas (masculinidad). La Feminidad es curva, no euclidiana.

La actitud de **Masculinidad** consiste en ir de un hecho a otro, de manera lógica, formal, diferenciada. La Masculinidad realiza una selección. Es lineal, euclidiana.

Aquí ocurre como en política: la derecha no puede prescindir de la izquierda

En resumen, sería preciso una revolución...

* Ser una mujer es evidentemente el resultado de una estructura glandular. Pero la Feminidad y la Masculinidad son, en una mujer o un hombre, dos maneras de utilizar la energía de que disponen.

* No se debe pensar en las mujeres y en los hombres, primeramente, como en dos sexos, sino como receptores o emisores de energía.

* Los términos antiguos de superioridad o de inferioridad, de desigualdad o de igualdad pierden todo su sentido.

* Una mujer normal reacciona por un número de actitudes de Feminidad que supera el número de sus actitudes de Masculinidad. Es, pues, más receptora que emisora de energía.

* Por eso una mujer posee una serie de características profundas, estables, interiores, flexibles.

* Una mujer normal debe poder pasar sin dificultad de la recepción de energía a la emisión, de la interiorización a la exteriorización, de la creatividad interior a una creatividad que se expanda en el exterior.

* Muchos comprenden difícilmente que la Feminidad es una fuerza, aunque tenga como función acumular la energía. Esta incompreensión viene de la confusión entre la Feminidad y “las feminidades tradicionales” que sólo son pálidas copias de la realidad.

* Por eso también el hombre y la mujer comprenden con dificultad que **sea preciso ser Femenino antes de ser Masculino**. Pero comprenden perfectamente que es preciso, en primer lugar, una energía antes de que la turbina pueda dar vueltas.

* Las mujeres están engañadas lo mismo que los hombres. Las mujeres, porque se les ha presentado toda creatividad como una tendencia viril; los hombres porque se les ha culpabilizado de cualquier forma de dejarse llevar, impidiéndoles así renunciar a la imagen absurda del macho muy varonil.

* Todo bascula, si es verdad que la Feminidad (energía fundamental) debe pasar a primera fila y que la Masculinidad es simplemente la descarga de esta energía.

¿Diremos que todo esto es ideal y utópico, y que será necesaria una revolución? Pues sí: será necesaria una revolución en las mentes, en el concepto que cada uno tiene de sí mismo. Pero si esta revolución no es para mañana y es preciso llevar temporalmente la bandera, eso no significa que haya que ponerla a media asta. **El hecho de que muchas mujeres y hombres sientan náuseas del papel que se les obliga a desempeñar, representa una ventaja importante.**

La Feminidad ha sido desconsiderada para responder a las necesidades de las diversas culturas, de la moral, de las religiones y, en la actualidad, de la tecnología. La energía interior se ha vaciado, se ha convertido en inercia. El común denominador de las mujeres modernas es de **una terrible inseguridad interior**. Desde que la Feminidad pierde su fuerza, es la energía fundamental lo que desaparece. Y ya se sabe el resultado.

.....

IMPORTANCIA DE LA AFECTIVIDAD

.....

Cuando la educación desvirtúa a las chicas...

Todo lo que bloquea, frena o desvía la energía interior quita a la Feminidad una parte de su fuerza. Por tanto, los condicionamientos culturales y los complejos constituyen, para la energía, verdaderos canales de derivación. Las inhibiciones, de cualquier clase que sean, se convierten igualmente en grandes cantidades de energía. En cuanto a la angustia, devora literalmente la energía interior. Y no hay que olvidar que la Masculinidad no es más que la resultante de la Feminidad (o de la energía interior).

Así pues, ¿qué se enseña generalmente a las chicas? Que la energía es de esencia masculina. Que sólo la energía visible y exteriorizada debe ser tomada en consideración. Que la Feminidad no tiene otra finalidad que la de hacerse notar y dejarse amar. Que la Feminidad es un cebo y no una fuerza en sí. Que mientras más debilitada y encantadora sea la Feminidad, más suerte tendrá la joven de ser amada. Que la Masculinidad es sospechosa en una chica. Que al joven se le permiten muchas exteriorizaciones, pero se prohíben a la chica.

Así se enseña a la joven a retener su energía, a guardarla en el interior, a acumularla, a no manifestarla.

Por su estructura glandular, la joven está predispuesta a la vida interior. Por tanto, en lugar de desarrollar la otra parte de su personalidad (la masculinidad), se exaltan sus dones naturales. Exactamente como si una estudiante, dotada para la filosofía, se viera obligada a practicarla toda su vida olvidando las otras ramas, con riesgo de convertirse en una rata de biblioteca.

¿Los resultados?

Actuando de esta manera, se autoriza a la joven a acumular toda la energía que desea, pero **se coloca un tapón entre la caldera y la turbina**. De ahí una especie de trombosis afectiva. El vapor queda bajo presión, y sólo sale más o menos según la importancia del tapón puesto en el lugar por la educación. Y la joven (si su Masculinidad está bloqueada) viene a ser como una batería cargada, pero relegada en un rincón del garaje donde va a destruirse lentamente con toda seguridad.

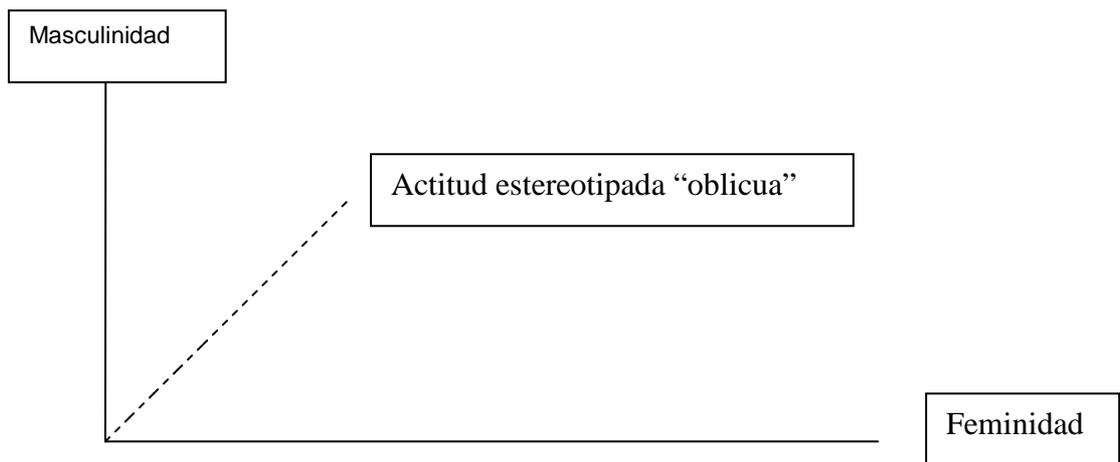
En la medida en que disminuye la energía interior, la Feminidad se degrada. **La joven poco a poco es incapaz de amar; sólo busca ser amada. No puede dar, sólo pide recibir. Le es imposible ser autónoma, busca ayuda y protección.** La mujer se convierte en un “caza-hombres” cuando su Feminidad deja de ser una fuerza vital. Y además, al no disponer casi de Masculinidad, la mujer experimenta la necesidad de buscarla en otro, en este caso en un hombre. Es inútil decir que no la encontrará nunca allí, puesto que **no es la suya**. Comienza a vivir entonces “por procuración”. El éxito de su marido es el suyo. Hostiga al hombre para que sobresalga siempre más en la “apariencia”. Y sólo recoge las migajas.

Cuando esta mujer siente ganas de “sobresalir en el exterior”, de “elevarse” hacia la creatividad y la razón, una duda la corroe: “Si creo y actúo, ¿permaneceré suficientemente femenina?”. No piensa en “suficientemente femenina para alimentar mi creatividad, para dar, para amar”, sino “suficientemente femenina para coquetear, para pedir, para recibir”. **Ella invierte los valores de la Feminidad.** Y es comprensible porque se le ha enseñado que la Feminidad no representa la fuerza de una personalidad, sino la debilidad.

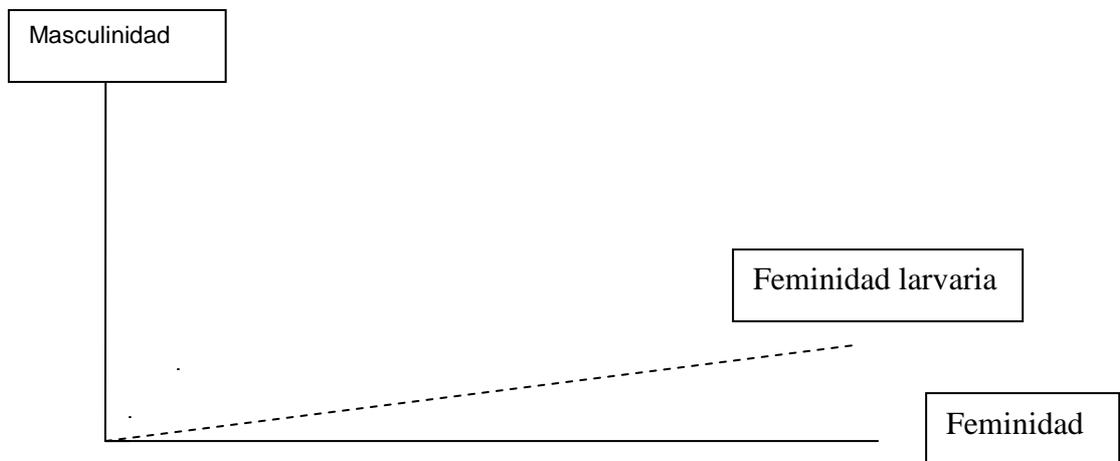
Cada vez que percibe una dimensión “vertical”, surge una sorda culpabilidad: “Soy incapaz... Sólo los hombres pueden... ¿Es posible que sea varonil? ¿Seré mal considerada? Ya no seré amada”. Duda entonces entre:

- a) la **dimensión horizontal** (receptiva, calmada, indiferenciada, ampliamente afectiva, adherida a las cosas), que caracteriza la Feminidad, y
- b) la **dimensión vertical** (emergente, ascendente, erguida, de forma precisa) que caracteriza a la Masculinidad.

En el mejor de los casos, la mujer se paraliza en una dimensión “oblicua”, ni acostada ni levantada, ni Feminidad, ni Masculinidad, ni lo uno ni lo otro, incapaz de oscilar de una dimensión a otra de forma armoniosa.



O incluso se convierte en una mujer que sólo es femenina, volviendo a un estado larvario, indiferenciado. Simbólicamente, se decae ante de la vida sin poder levantarse.



En la actualidad la educación y la cultura enseñan a la mujer que ella tiene que vivir en una dimensión totalmente erguida y vertical. Por eso, la mujer o bien copia la absurda falsa virilidad de los hombres modernos, o se dirige contra ellos, lo que es lo mismo.

En esta lucha neurótica, la mujer está vencida de antemano. Sólo puede reforzar el miedo que el hombre siente respecto a ella. Incapaz de crear, no puede más que abrazar las creaciones –auténticas o no- de los hombres. Sólo puede seguir –angustiada- con su máscara nerviosa y dominadora.

¿ES POSIBLE UNA REVOLUCIÓN?

La mujer dispone de los recursos necesarios

Recordemos que al principio todo parecía simple: El niño tiene que llegar a ser un hombre, y la niña, una mujer. Pero cada uno de los personajes se multiplicó por dos. La mujer tomó dos aspectos: la Feminidad y la Masculinidad. Además el centro de gravedad se desplazó, ya que **la Feminidad tomó el lugar preponderante, mientras que la Masculinidad era la resultante.**

Y entonces todo cambió. No se trata de hormonas, sino de la manera de utilizar una energía cualquiera. Al mismo tiempo, los criterios tradicionales atribuidos al “sexo femenino” (la mujer es receptora y emisora de energía) desaparecieron.

Es verdad que este capítulo parece una burla ante lo que pasa a nuestro alrededor y ante el camino que queda por recorrer. No hay más que hacer un intento: Preguntad al primero que llegue que os diga la primera palabra que le viene a la mente ante el término “feminidad”. Obtendréis todas las respuestas posibles, excepto la buena que es: energía interior, energía potencial, base indispensable para toda realización humana.

La Feminidad es una fuerza en sí, es cierto. Pero ¿qué puede hacer la mujer si se le enseña lo contrario a cada instante, si se mantiene la imagen, el uso y la venta de una cantidad de feminidades lastimeras, de mujeres vegetales, de mujeres estatuas, de mujeres narcisistas, de mujeres maniqués, de mujeres ensortijadas y con pelucas, de marionetas descoloradas, de jovencitas que arrastran su cansancio por el polvo a la vez que los pantalones?

¿Cómo podrían ser creativas, de forma autónoma y no agresiva, con sus escasas energías? Sólo les queda acudir a una creatividad exterior que les servirá de sustituto: la del hombre. Pero, al actuar así, las mujeres acumulan tantas amarguras inconscientes que terminan en una especie de resignación malhumorada, que es la degradación típica de la Feminidad. En cuanto a las otras es lamentable que desprecien su condición, ya que continúan viviendo según la ecuación: Feminidad = debilidad.

Las virtudes fundamentales

En resumidas cuentas, o bien se obliga a las mujeres a permanecer falsamente femeninas, según los criterios antiguos, es decir, en la penumbra, lúgubres, sin consistencia; o bien se las obliga a una “masculinidad” igualmente falsa, calcada de la de los hombres modernos.

De vez en cuando aparecen en escena algunas mujeres célebres. ¿Creen ustedes que se las presenta como si hubieran realizado su Feminidad y su Masculinidad auténticas? En absoluto, se les atribuye a priori genio, y de esta forma se las presenta como ejemplares “excepcionales”, reforzando el estado de inferioridad de las otras mujeres.

Una joven me decía a este respecto: “Nosotras tenemos la impresión de ser retrasadas, con dientes muy largos, a quienes habría que decir: -¡Las mujeres también son capaces de hacer algo!- ¿Por qué no se dice simplemente: -¡Esa es la mujer real!-”?

Esa joven tenía razón. Una amplia corriente de información psicológica debería incitar a las mujeres a emprender su propia revolución. Habría que limpiar la palabra “feminidad” de sus manchas de inferioridad, de culpabilidad, de angustia, de inseguridad, de hostilidad.

En verdad, una revolución personal exige tiempo, paciencia, tenacidad, lucidez. Las personas que emprenden un psicoanálisis (la más profunda revolución personal que

pueda llevarse a cabo) saben algo de esto. Y sin embargo, **el tiempo, la paciencia, la tenacidad y la lucidez son características de la Feminidad.** Las mujeres están, pues, predispuestas para esta revolución interior. Ya es hora de que lo comprendan para bien de ellas y del mundo.

Tomar conciencia es difícil...

Sobre un millón de mujeres escogidas al azar, encontraríamos un gran número de feminidades en buen estado, pero en espera estéril. Y luego muchas masculinidades posibles, pero que permanecen inmóviles. Pero no es posible recuperar esta energía interior y abrirle vías hacia la exteriorización, a no ser que se vuelva a la infancia para tomar la trayectoria en su punto de partida. La trayectoria de vida se desvirtúa sobre todo en el período del complejo de Edipo. Las causas son siempre las mismas: la educación, la reacción ante la educación, el clima familiar, las normas sociales, religiosas, morales, etc. Y la niña, después adolescente y mujer, se va hacia horizontes que no eran sus destinos.

Desde el comienzo de la vida, la niña se ve enfrentada a un personaje clave: la madre. Y ésta va a imprimir su marca (positiva o negativa) sobre la feminidad de la niña. Aquí tenemos la feminidad de la pequeña en camino, pero es la madre la que –muy a pesar suyo, hay que decirlo– mueve los hilos. Desde ese momento se plantea la cuestión: ¿En qué estado se encuentra la feminidad de la madre? ¿Qué fuerza tranquila, qué lucidez puede traspasar a la polaridad femenina de su hija? La niña, por supuesto, prosigue su camino con la total ignorancia de lo que ocurre en ella. Sin embargo su feminidad naciente está “a la escucha”. Esa es su función. La Feminidad es plenamente consciente, capta, no sabría hacer otra cosa.

Segunda cuestión: ¿Cómo utiliza la madre su energía? ¿Esa energía es de buena cosecha o no tiene aroma? ¿La vida ha permitido a esta madre desarrollar su propia feminidad y su propia masculinidad? Hay un hecho: La niña copiará o rechazará la feminidad de su madre al menos durante un cierto tiempo. Pero es evidente que una niña de diez años se lo pensará mucho antes de imitar una Feminidad materna que correspondería a lo que ella ha oído con tanta frecuencia, es decir, la Feminidad “no es más que...”. No se puede, sin embargo, pedir a una niña de diez años que enderece la situación al comprender que su madre tuvo que enfrentarse a circunstancias destructoras.

En consecuencia, ¿cuál es la Feminidad de la madre? ¿Cómo la exterioriza? ¿A través de una actividad serena y autónoma? ¿A través de comportamientos agresivos, puntillosos, agotadores? ¿A través de una actitud reivindicativa y posesiva? ¿A través de un autoritarismo cruel? ¿A través de un comportamiento que martiriza?

El caso más frecuente: La niña rechaza inconscientemente ser “como su madre”. Hay que sobreentender: “Si es eso ser mujer, yo iré a buscarlo a otra parte”. Pero ¿dónde?, pues al decir eso ya ha comenzado ella a bloquear su propia feminidad. La niña adopta, por tanto, una actitud de “antifeminidad”. Intentamos comprender que ella rechaza la feminidad de su madre, pero, de carambola, rechaza su propia feminidad, y por consiguiente su propia fuerza interior. Y así van a comenzar a aparecer los complejos, las inhibiciones, y a devorar esta energía.

Y si la feminidad de la niña no ha podido acumular una energía suficiente, su masculinidad es automáticamente degradada. De ahí todas esas adolescentes, de ojos vaciados, cuya actividad es pesada como el plomo, la impulsividad es exagerada, los caprichos son imprevisibles, la arrogancia es inverosímil. Unas languidecen en la inercia, la sumisión, el masoquismo; otras se lanzan a una competición exacerbada. Y ello debido

a que su feminidad no acumula ya energía, y su masculinidad, mal alimentada, está a la espera del hombre, del cual se convertirán en sombras.

El padre, cuya influencia es evidentemente importante, tiene como función principal enseñar a su hija **a exteriorizar bien su energía**. Es una especie de entrenador en la vida social, en el combate de cada día. Pero es necesario aún que la joven haya podido acumular suficiente energía, lo que nos lleva al papel desempeñado por la madre, que está decididamente ahí como el “deus ex machina” (1). La acción del padre sólo será posible en la medida en que la Feminidad de su hija sea de buena ley. Sino, es como intentar lanzar una bala de pistola utilizando un casquillo vacío.

Algunas pistas para reflexionar

He aquí algunas cuestiones que toda mujer podría y debería plantearse:

- ¿He podido gestionar mi energía interior de forma normal?
- ¿Cuál ha sido mi actitud ante mi madre?
- ¿Qué es lo que he acumulado en mi Feminidad: buenas sensaciones en cuanto a la vida? ¿Amargura? ¿Cólera absurda? ¿Sumisión para “tener paz”?
- ¿Estaba a gusto cuando impulsaba mi Masculinidad y me exteriorizaba?
- ¿Cuando me manifestaba, cuando actuaba, cuando creaba, cuando daba mi parecer, no me sentía incapaz, agresiva, inútil, demasiado segura de mí, culpable, inferior, apenas tolerada por los demás?
- ¿Cómo se exteriorizaba mi energía? ¿A través de la agresividad, de la ironía? ¿A través de una espontaneidad auténtica y confiada?
- En resumen, ¿se exteriorizaba mi energía?
- ¿Los rencores y las amarguras no han deteriorado progresivamente mi Feminidad?

(1) Para expresar la influencia enorme de la madre (N.T.)

Función de la psicología moderna

Su primera tarea es inmensa, restituir el verdadero sentido a las nociones de Feminidad y Masculinidad. La segunda tarea se deriva de la primera. Si la Feminidad real es una fuerza viva e indispensable, es necesario introducirla por todo el mundo. Es decir, ayudar a los seres humanos a encontrar en el fondo de ellos mismos los valores de compasión, de piedad, de humanidad, de paz. Creo que muchos lo desean, no a causa de una moral, sino porque la deshumanización general les da miedo. Poco importa, por otra parte, el motivo del inicio si se obtiene un buen resultado.

Hay que devolver su lugar a la Feminidad, pero no se trata en absoluto de una revolución de las mujeres contra la “ley del macho”. La dificultad es mucho más profunda, concierne a la angustia y al miedo que son el origen de esta susodicha “ley del macho”.

Los tecnócratas puros no saben hasta qué punto han roto con la Feminidad y la vida. Empujados por un miedo sombrío, van de planeta en planeta, de idea en idea, de teoría en teoría, de guerra en guerra. ¿Cómo podrían detenerse mientras no hayan encontrado su lucidez, mientras que la palabra “humanidad” permanezca para ellos vaciada de sentido?

Devolver la Feminidad al mundo, eso significa devolverle una sabiduría profunda, potente, que se exterioriza inmediatamente en actividades humanas, urgentes y de buen sentido. Eso implica asimismo una modificación radical del espíritu que anima la

tecnocracia (1). Si la tecnocracia ha tomado un rostro deshumanizado, es porque le faltan las grandes características de la feminidad: el orden, la lucidez profunda, la sabiduría, la reflexión, el tiempo, la paz.

¿Comprendemos hasta qué punto necesita el mundo mujeres y hombres “con sus dos polaridades”? ¿Cuán urgente es que los hombres dejen de alimentar la idea de una feminidad enferma, infantil, desordenada?

Cuando la Feminidad haya encontrado el lugar que le corresponde (harán falta, sin duda, cientos de años), las madres se convertirán, por ese mismo hecho, en los soportes del mundo. Pues toda fuerza interior –como toda debilidad- en un chico o una chica, provienen directamente de la madre.

Por eso la psicología moderna debería tener como finalidad primera ayudar a la mujer a reencontrarse, es decir a:

- Volver a ser una observadora lúcida, atenta, perspicaz, tranquila.
- Volver a ser más espectadora de sí misma y del mundo, en lugar de ser una “actriz” que obedece (por culpabilidad) a los imperativos antiguos o nuevos.
- Reorganizar su Feminidad en la acepción más profunda del término.
- Alejarse un poco para tener una perspectiva que le permita denunciar y enderezar los errores actuales.

¡Pues sí! Dentro de unos siglos, quizás...

(1) No hay que confundir tecnocracia y técnicas. Si recobrara su alma, la tecnocracia pondría en práctica técnicas que no serían abstractas, sino concretas, en el sentido de que tendrían en cuenta, ante todo, a los seres humanos.

Este documento corresponde a la traducción del Capítulo VIII del libro en francés "Comprendre les femmes et leur psychologie profonde", de Pierre Daco, psicólogo junguiano. Les Nouvelles Éditions Marabout, Verviers (Bélgica), 1978. Este libro trata sobre la mujer y lo femenino, con un gran rigor y profundidad.